
EL VIEJO SABER.

Hubo un tiempo en que muchos hombres que nuestros padres nos señalaban con el dedo, fueron nombrados sabios. ¿Visteis tal vez acercarse al puerto una soberbia nave? Sus velas vienen hinchadas, los toldos desplegados, los gallardetes ondean; entra la ancha nave con gravedad por medio de mil ondas que se le rinden. ¿Visteis caminar un pesado carro, cuyas dobles ruedas levantan mas polvo que un huracan recio, ó subir las gradas del orgulloso Capitolio algun jeneral romano pintado al oleo? Así pasaban entre nosotros los *sabios* circuidos de sus mas dichosos admiradores, de sus clientes y protejidos; su frente se levantaba orgullosa, sus labios semi-abiertos indicaban la meditacion; tan mesurados eran sus pasos cual si debieran apuñtarse en honrosa coronica.

En aquel tiempo muchos niños que abrieron sus ojos para el mundo, se encontraron juntos en su ignorancia; oyeron nombrar á los sabios y se dijeron: «lremos á pedirles consejo.»

Vistió el niño la vestimenta que se le destinara para los *cuatro dias festivos*; lavóse las manos y el rostro cual si se preparase para unas bodas; y sin temer el aire penetrante de la mañana se encaminó muy temprano á la casa del *sabio*.

Esperó algunas horas en el portal; algunas horas en la primera sala— Largas sombras caian sobre las paredes del aposento; sentíase el olor de la caoba; oíase el crujir de las colgaduras, y el agudo latir de un reloj magnífico. Hubiera entonces querido diferir su entrevista con el *sabio*, porque como era niño, era tímido, y aprendiera en las leyendas de la Grecia que la cortesana del rey de los Genios murió al aparecersele con todos sus rayos aquella Deidad májica: el co-

razon del niño temeroso latía apresuradamente, sentía una amargura indecible, un desaliento inmenso.

Entró por fin en el santuario del *sabio*...; escuchó los consejos y marchó. Pero ni su mente, ni su corazón habían quedado satisfechos; más como era entusiasta procuraba disculpar al *maestro*: «Será la única vez que no haya de ramado sus tesoros de sabiduría y elocuencia! no me ha respondido bien.» En efecto, ni le había entendido la pregunta.

Reuniéronse una vez aquellos jóvenes para recordar juntos los días de la infancia que de ellos se alejaban; su aposento era pobre, las paredes grietas; las escasas sillas habían sentido la mano destructora del tiempo y la mano destructora del muchacho juguetón; sobre la mesa adornada de garabatos veíanse fútiles leyendas amorosas que encuadernaban papeles pintados de florecillas y liras. — Hablaron los jóvenes de los días de sus primeros años y llegaron al de su entrevista con el *sabio*. Distrajéronse entonces; extraviáronse sus ojos, pero uniéronse una vez... apretaron los niños sus manos contra el corazón, la sonrisa de la duda brilló sobre sus labios, menearon la cabeza negativamente y... entendiéronse.

Desde entonces quedaron destruidos los colosos del viejo saber.

M. Milá.